

TEATRO DEL PUEBLO  
Jueves 30 a las 18.30  
NOTABLE PIANISTA  
FELISBERTO HERNANDEZ  
PETRUSCHKA  
de  
STRAWINSKY



EFRAIM  
GRODZ  
L'ARTISTE  
MARI  
L'ARTISTE  
L'ARTISTE

## Rescate

# Felisberto Hernández

Por Jesualdo<sup>1</sup>

Debo empezar este artículo sobre Felisberto Hernández, con una justa —aunque amarga— recriminación. ¿Por qué tantos artistas de verdadera trascendencia creadora, de seria calidad interpretativa en cualquier material, y del más depurado y hondo concepto —por qué— deben vivir trashumantes, vagabundos del evangelio, caminantes ásperos por tierras adentro para realizar su creación, para no morir enterrados debajo de la arena del materialismo un poco absurdo que los liga a la vida? En todas las épocas, en todos los países, en todas las horas, existen unos hombres cristos cargados de sabiduría, sin apego a tierras, claros en su alegría o en su amargura. Unos hombres que bajan de las montañas como los ríos, y que llevan un maletín de viaje y un pesado secreto a cuestras. No saben de hogar, no saben de hijos, no saben del pan fresco que llega, sin saber bien cómo, a la mesa. Hasta parece que hubieran perdido para su realidad, el giro de las soluciones inmediatas. Y caminan... caminan... Bajo un cielo clemente, como bajo una nube pesada o una estrella terca. Pero caminan y siembran. Escriben sobre los días las menudas andanzas de sus fracasos y las graves notas de su experiencia, aunque bien pocos se distraen en la contemplación de esos diarios, verdaderos trozos de leyenda. La creación les exige una firmeza de roca y un sacrificio de muertes. La creación, está tanto en la obra que realizan, como en la vida que viven. Pero el milagro de las recompensas y la forma de los hallazgos, ¿dónde están? ¿O es que ellos deben ser como los pájaros nada más que líneas de luz que surcan las tempestades? ¿Les bastará, acaso, la fraternidad de unos pocos hombres amorosos en cada aldea o ciudad que visitan? Todo esto es casi misterioso en la vida de muchos trashumantes. Pero lo cierto es que ellos vigilan sobre la vida de los que comen y duermen, el equilibrio espiritual que los une a la realidad... y de lo que, por lo general,



---

1. Jesualdo Sosa (1905-1985) fue maestro, pedagogo y escritor uruguayo de reconocido prestigio y de filiación y militancia comunista. Este artículo se publicó en el diario *Uruguay*. Año I. N.º 240, en Montevideo, el miércoles 29 enero 1936.

ellos mismos no alcanzan a darse cuenta. Son como una campana que están anunciando el pasaje del tiempo.

Entre estos hombres evangelios está Felisberto Hernández, el hombre que tiene varias fases, mucho amor para el amor y quizá poco consuelo para el vivir. La juventud no le sirvió más que para complicarle la vida, porque él no sabía, quizá aún ahora lo sepa menos, que la vida está llena de calculadores; los hombres de la daga y la sonrisa; del pecho duro y el ojo blanco. Un día, sin embargo, la vida que no espera lo empujó a la calle. Temblaba el día lleno de sol pero él iba con los bolsillos agujereados, por ellos se le escapaban todos los pájaros que había coleccionado de niño y ya de joven. Estuvo indeciso en todos los portales. Por lo demás Felisberto es menudo y delicado y pudoroso, para levantar el aldabón de los portales; el aldabón que suele ser pesado para los que no tienen la daga y la sonrisa. Carecía del sentido práctico de satisfacer sus necesidades materiales, pero tampoco quería quedarse helándose debajo de la nieve, porque cuando hay más frío el sol es más mezquino. En una esquina cualquiera, un hombre sagaz, tal vez le dijo la palabrita justa, al oído. Y él entendió el secreto que le legaron los otros. Lo cierto es que un buen día iba todavía con las manos en los bolsillos agujereados, pero silbaba ya un *andante ma non troppo*... Desde entonces, sufriendo y creando, Felisberto Hernández recorre los pueblitos del interior, las ciudades del exterior, los estudios particulares, esperando que ello lo ayude algún día a pensar que la tragedia del hombre no es el no poderse expresar por no saber hacerlo, sino por no poder hacerlo. Gracias también a ello, de tiempo en tiempo lo vemos llegar cargado de aspectos nuevos, afinando en su tema, amigo cordial en su vida y lleno de sugerencias de color. Un niño tiernísimo que cree aún que el hombre de la barba tiene una bolsa para llevarse a los muchachos mal ciertos... Las distintas etapas de mi vida me han puesto a su lado, más de una vez. Y siempre lo he visto así: una ternura un poco mística; un afinamiento de movimientos diversos para que lo entiendan sin rodeos; por lo general el presentido —hasta romántico— de una mujer que no estará nunca en él, y siempre una despierta sensibilidad atacando.

Felisberto Hernández como intérprete realiza en sí mismo un admirable proceso. Quien adquirió antes que nada un sentido conceptual de la música en relación directa con el arte total, y supo concretar su sentido multiforme en un instrumento, es quien está más cerca —sin duda alguna— de interpretar la creación como un todo, y hacer del instrumento, la música en sí. La música, como los demás aspectos del arte, necesita ser concebida como una totalidad. Y pocos la alcanzan así. El virtuoso descuida este punto cardinal de su finalidad para concretarse al «recordismo» como base de su milagrería. Es hora ya de que se les deba exigir algo más, a los virtuosos, porque el sentido métrico, la lógica de su tecnicismo no debe ser sacrificio para el oyente, para el gustador, que no le interesa exigir

la ajustada aparatosidad de su técnica, sino vivir el fatalismo de la creación de los que soñaron la sabiduría en color, en forma, en amor. No todos los virtuosos llegan tampoco a tener un concepto formal del arte en general. Su unilateralidad es evidente y entre los documentos a que remito mi aseveración está la confección de los programas que ejecutan. Y ya no puedo creer que ello sea como objeto de efectismo final de sus partes, porque la cultura de la sensibilidad se agudiza día a día y reclama algo más que desplantes de sortilegios técnicos sobre el teclado o las cuerdas. El desconocimiento del arte en total y los ambientes que deben dignificarlo por otra parte, traen aparejados una falta de unidad en la interpretación del autor. Se desvinculan así del ambiente que debe amparar el secreto de la creación y se reducen a llegar a cierto límite del maquinismo técnico —inobjetable, por lo demás— que esperó o no, el autor a que llegaría con su obra. Y aquel que se esclaviza, pierde el control general de su realización. La técnica frente al concepto ha sido, por otra parte, la lucha de los creadores o intérpretes en todos los materiales. Siempre el corazón y la cabeza se han colocado en el terreno de las contraposiciones a veces sistemáticas. Quien las he llegado a unir ha realizado el milagro. ¿Y cuántos son los milagrosos? Los unos se afirman en la técnica, entonces, y con ella como medio y fin, interpretan. El hombre que ama es lentamente desplazado por la energía mental de un metraje exacto de sonoridades y de alcance de estas en los efectos buscados. Los otros se despegan de la técnica —a veces hasta se olvidan o quieren hacerlo— y justifican su amor y todos sus sentimientos en la obra que realizan. Cuando esto sucede entre las familias, se suele llamar a esto «tocar con gusto». Los entendidos llaman al primero técnico, al segundo sensible. Este es, por otra parte, el mismo espectáculo del lenguaje, del color y de la forma, etc. Nosotros no intentamos con esto ni catalogar a Hernández, ni disculparlo en alguna de estas fases. Pero sí, para advertir que si él no es el milagroso todavía, quizá llegue a serlo algún día, porque él sabe usar de la técnica como medio, ligero puente sin pesado ni trágicos pilares, para llegar a su desborde amoroso como fin, la vida misma. Profundo conocedor de los más pequeños resortes orgánicos y psicológicos de su persona, sabe exigir lo necesario para que sea justo y no martirologio. Y por eso es que el estudio en él no tiene esas características de abrumador trabajo, que hacen el mérito de los otros, sino formas de alegre concreción. Y estudiando a Albéniz, o a Falla, o a Chopin, se le ve gozar como un niño goza jugando con un lápiz y un papel a los muñecos, o alrededor de la llama, descifrando los oscuros símbolos y colores del fuego. No es el trasunto de la esclavitud sino la novedad de la libertad que cada día se acentúa más. No es el reo de condena perpetua a catorce horas diarias de manoteos trágicos, midiendo y limitando los sonidos hasta la misma muerte, sino aquel que espera la afinación mental del asunto, y realiza por el milagro de su organismo que da lo que él le exige, la adquisición de la verdad, después. Por eso todas

sus interpretaciones tienen un carácter libre para el que lo oye. No se sufre en el amaneramiento de la interpretación justísima, sino que se goza en la alegría de la justicia creadora. Quien ha podido llegar a entender bien, perfectamente bien, este interesante problema de saber y decir, ya ha ganado parte de lo que necesita ganar para ser creador. Los otros siempre serán los fieles ejecutores, pero el arte no es eso, porque el arte no es la máquina.

Felisberto Hernández como compositor, es, sin duda, de los más serios autores en cuanto se propone serlo. Las piezas compuestas por Hernández más allá de todo comentario sobre armonía o contrapunto están desprovistas de toda artificiosidad de medios. La característica de todas ellas es, precisamente, esa manera directa con que encara el asunto y va a él. Llega a él directamente aunque después de un laboreo interior sumamente complejo. Sus composiciones son como torrentes que se vienen despeñando libremente: tan libremente que se piensa que es difícil poder decir esos pensamientos con pasmosa despreocupación, como él lo hace. En «Bordoneo» y en «La Montonera», ensaya aspectos nacionales de un arte que anda por ahí con el nombre de «nativista». Bordoneo, no solo es distinto en concepto a esa música de terminología semejante y medios limitados, sino que es distinta asimismo en composición. Usando medios simples y nobles, desnudo de esa aparatosidad llorona y quejumbrosa de los aires criollos, tiene sin embargo, la severa línea del triste y la angustia trágica de nuestro campo con algo de brujo, y algo de amargo. Moderno y vigoroso, traza un camino de huella profundo por donde había de seguir «La Montonera». Esta obra de carácter retrospectivo interpreta momentos de nuestro pasado lleno de incidencias de color y de acción. Hay en «La Montonera» tres tiempos perfectamente estudiados. El primero con *La carreta*, conjunto de acordes dramáticos que señala una marcha a través de la soledad. La carreta es como el presagio, tiene algo de reloj en marcha, de oráculo del campo. Su gravedad es interrumpida por los acordes bélicos de la montonera «patria», que envuelve su marcha en un viento de revolución, y pasando a primer plano, esfuma los contornos de la marcha de la carreta, reloj y oráculo. Luego viene *El Bailecito*, que es otra escena típica de nuestra sociedad primitiva. Un afinado acordeón evoca danzas esquematizadas con una sobriedad plástica muy lograda. Y mientras se mueven como bichitos de luz en la noche esos acordes saltarines del gato, la montonera que se acerca, va trocando todo en una nube de tragedia, y luego de envolver ese paisaje en su marcialidad un poco desarrapada, se extiende por los campos para llegar hasta donde los gauchos se desafían en cantos tan hondos como sus querellas. En tanto que los hombres cruzan sus intenciones y en los acordes de las guitarras miles de presentimientos se entrechocan, la montonera se acerca con su conglomerado de voces y dianas. Hay un insistente martilleo de sonoridades llenas de pesadumbre y de amargura en esa pieza por la que, de vez en cuando, cruza sin embargo

un aire de esperanza que nos llena de fe. Estas páginas que continuarán una «Suite» que prepara Hernández, son sin duda, por muchas razones, más serias de lo que a primera vista parecen. *Negros del Uruguay* que es una de sus últimas piezas de esta «Suite» es el resumen de la aptitud candombera de los negros de nuestro país que lo sugieren ritmos absolutamente nuevos y distintos, que los demás negros del mundo. Los tamboriles, las voces de los negritos, las contorsiones de toda una raza que parece que se liberara en esos momentos en que suelta todas las fuerzas eurítmicas de su cuerpo, el coro con su acentuado dolor, dolor lento y pastoso, con algo de místico y algo de locos tranquilos, todos esos pasajes se viven agradablemente en esas páginas directas, transidas de sinceridad, y nuevas en su dicción.

Descubro en todas las piezas de Hernández un algo de ensueño afinadamente romántico, casi entrando en un tranquilo misticismo, sobre todo en la dramaticidad de sus acordes y en la opacidad del color que emplea en su composición. Estas páginas son, sin duda, más interesantes de lo que a primera vista parecen, ya dije, y lo serán más el día que este muchacho admirable pueda estar tranquilo escribiendo sus sinfonías con su vida despejada. Y sobre todo, que existan en su camino, menos calculadores y él pueda sin congoja que el día de mañana no le traerá su trágica incertidumbre —¡a pesar de su abierto y maravilloso sol!— sino que el día de mañana le traerá el milagro de la comprensión de los hombres.

